



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-10-2018

«Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo...» (Lc 24, 13-16).

Esos dos discípulos decepcionados y asustados son jóvenes, y están pasando tristemente por un sueño que ha finalizado en sangre. Es mejor ir a casa y poner fin a la hermosa experiencia que han tenido en esos años con el Maestro. Son dos que van juntos de camino, comparten el mismo dolor, y son capaces de escucharse y acogerse. Pero esto es insuficiente para dar y recibir esperanza. Es necesario la presencia de uno -al principio desconocido- que, encontrándolos y cuidándolos, los acompañe y les ayude a discernir. Es decir, a *reconocer, a interpretar, a elegir*.

La liturgia del camino -el celebrante Jesús, los concelebrantes los dos discípulos- comienza con la liturgia de la esperanza: *¡esperábamos tanto que fuera él!* Los dos hablan de una historia que ha finalizado mal, de un amor que ha terminado en el fracaso, que les ha quitado la ilusión. Y Jesús les comienza a explicar. Les ayuda a leer el dolor y el amor. Y el alma de los dos caminantes comienza a tranquilizarse, porque descubren una verdad inmensa: allí está la mano de Dios, está la presencia del Señor. Esto hace que el viaje de la vida se convierta en liturgia, con su carga de tristezas y alegrías, de sufrimientos y expectativas.

He aquí lo que realmente se necesita: un corazón encendido, a lo largo del camino... gracias a alguien que nos habla de Dios y que al escucharlo nos hace recuperar el coraje y darle sentido a la vida. Y será suficiente para reiniciar (incluso si es de noche), precisamente porque lo han reconocido al partir el pan. Lo han reconocido en la mesa, en una posada.

Retomamos nuestra cita mensual "a la sombra de la encina" (unidos *con* y *en* la oración los unos por los otros, pertenecientes a la gran Familia Auliniana), mientras que en Roma se celebra el Sínodo de los Obispos de la Iglesia. Por deseo del Papa y presidido por él, el Sínodo reúne a obispos, llamados de todos los continentes, para mostrar el rostro siempre joven de la Iglesia, para escuchar, evaluar, sugerir, proponer. Para lograr un discernimiento vocacional, que la Iglesia está llamada a ejercer, ante todo y sobre todo, de sí misma: para verse de nuevo joven, dinámica, motivada y eficaz, creciendo en la fe y en la esperanza. Jesús así la quiere: luz del mundo y sal de la tierra, en busca de caminos siempre nuevos, para caminar con audacia y confianza, manteniendo la mirada fija en Jesús y abriéndose al Espíritu Santo para "rejuvenecer su rostro".

Siempre es -de nuevo- el camino de Jerusalén a Emaús, y de regreso, para luego partir nuevamente, a donde el Señor lo indique, como testigos. Pero se necesita que alguno lo haga realmente: que sepa partir el Pan de la Palabra, de la Eucaristía, de la caridad, para que tenga lugar el reconocimiento, para que el corazón se reavive. De lo contrario, todo queda frío, mudo, vacío.

Magdalena Aulina, siempre atenta a la vida de los jóvenes y de las familias, decía que «*el amor, la caridad, el 'darse', tenía que ser la clave que abre el camino para descubrir los dolores ocultos,*

difíciles de conocer, que oprimen a tantas personas que no encuentran dónde mitigarlos. Jóvenes entristecidos y sin ideales que piensan que son fracasos. Familias divididas, sin que nadie les diga una palabra de concordia. Ancianos que viven en la soledad de los años y las dolencias de su edad».

Para que la misión tenga valor y dé frutos, se necesitan oídos, ojos, voz... *Se necesitan los oídos*, para saber escuchar, sobre todo a él, que habla y explica (en persona y en su Iglesia). *Se necesitan los ojos*, para poder ver ¡el gesto que hace él, la fracción del Pan! *Se necesita la voz*, para proclamarlo, compartir la experiencia y crear comunión.

Seamos compañeros los unos de los otros. Al encarnar el Evangelio, fuente de alegría y caridad, de esperanza y de paz, cuidemos de nosotros mismos y cuidemos a nuestros hermanos y hermanas que buscan, que caminan, a menudo cansados y decepcionados.

En resumen, vamos a intentar, vamos a comprometernos a « *hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular la confianza, vendar heridas, entretener relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un imaginario positivo* que ilumine las mentes, enardezca los corazones, dé fuerza a las manos, e inspire a los jóvenes –a todos los jóvenes, sin excepción– la visión de un futuro lleno de *la alegría del Evangelio*» (Papa Francisco, discurso al comienzo del Sínodo, 3 de octubre de 2018).

